

# Aladino



2.-

Aladino





LE LLEVARE CHOCOLATES A ONDITA.



Y ENTONCES LA INVITARE AL CINE



¡ERES ENCANTADOR PEPITO!



¡VEN JUANILLO! YA TENGO CHOCOLATES PARA QUE ME LLEVES AL CINE.



# EL LIQUIDO MAGICO

Ilustraciones de ADDUARD

**E**N un reino lejano vivía en otros tiempos un rey poderoso, tan justo y bueno que era adorado por todos sus súbditos. Y tenían razón para quererle, pues aquel soberano ejemplar procuraba por todos los medios la felicidad de su país y no había desgracia que él no tratara de remediar, ni dolor que no intentase desvanecer.

Pero un día el país entero se vió sumido en la aflicción. El caso no era para menos: ¡su buen rey estaba enfermo! Y tan grave era la dolencia, que los médicos no sabían qué remedio darle, ni cómo combatir el mal; de manera que se temía un cercano y triste desenlace.

Grande era el dolor de todo el mundo. Sus hijos, tres príncipes, parecían no tener consuelo y eran, naturalmente, los más atormentados por la pena. A pesar de ser jóvenes y poderosos, nada podían hacer para remediar el dolor de su rey y padre.

Una mañana, cuando se hallaban en el jardín entregados a su aflicción, se vieron sorprendidos por la presencia de un venerable anciano.

—¿Cómo te atreves a perturbar nuestro dolor? —preguntó el mayor de los príncipes, que era muy egoísta.

—Perdonen, amigos —contestó dulcemente el anciano — Pero es que quería saber la causa de vuestra pena.

—¿Es posible que la ignores? —gritó impetuoso, el segundo de los príncipes.

—¿No sabes, acaso —dijo el menor de los tres— que nuestro padre, el buen rey, padece una enfermedad incurable y se está muriendo porque nadie puede remediársela?

—Lo ignoraba —contestó el extraño viejo.— Y desde luego no creo que sea incurable. Yo conozco un remedio que le sanaría tan pronto lo tomara.

—¿Qué remedio es ése? —dijeron a un tiempo los tres hermanos

—El líquido mágico de la fuente encantada.

—¿Y dónde está esa fuente? —preguntó el menor de los príncipes.

—Lejos... Y es muy difícil conseguirlo.

Los príncipes no se preocuparon por esta afirmación. El desaliento que antes pesaba en su alma, había desaparecido. Habían renacido sus esperanzas de que el rey sanase.



Así que los tres se pusieron a interrogar al extraño anciano para que les indicara dónde podían hallar la fuente del líquido mágico.

Desgraciadamente, el viejo no dió más que algunos detalles acerca del lugar de la fuente milagrosa.

Como insistieron y hasta le invitaron a que les acompañase a buscarla, se apresuró a desaparecer y sólo dijo:

—Ya saben cómo remediar la dolencia de su padre. Si le aman, deben lanzarse en busca del líquido mágico de la fuente encantada.

Los tres hermanos empezaron a discutir lo que debían hacer. El pequeño era partidario de que fueran los tres en busca de la fuente, pero el mayor pensaba de otra manera.

Deseaba ir solo, estimaba que si tenía la suerte de traer el remedio y salvaba la vida de su padre, se convertiría en el hijo favorito y heredaría todo el reino.

Convenció, pues, a los otros hermanos que le dejaran partir solo y en seguida se presentó al monarca para comunicarle que iría en busca del líquido mágico.

—¡Jamás, hijo mío! —respondió, cuando se enteró de lo que el príncipe pretendía hacer. Conocía la existencia de esa fuente; pero no ignoraba los grandes peligros que era preciso correr para llegar a ella, y prefería morir antes que exponer a su hijo a tales trances.

Pero su ambicioso hijo no hizo caso de tales razones y no por cariño a su padre, sino por lo que ya sabemos. De modo que rogó tanto, que por último el rey consintió en que intentara la peligrosa aventura, indicándole el camino que debía seguir.

Aque la misma tarde, el príncipe montó en un poderoso corcel y partió hacia el lejano lugar, donde se encontraba la fuente encantada.

Estuvo cabalgando toda la noche. Cuando apuntaba el día y atravesaba una llanura desierta, salió un jorobadito que le gritó:

—¡Eh, buen caballero!... ¿Adónde te diriges corriendo de esa manera?

El príncipe que, además de ambicioso era altanero, contestó: —

—¿Y a tí qué te importa, vil gusano?

El hombrecillo se enfureció terriblemente, pero no contestó nada. Y tan pronto el hijo del rey hubo seguido su camino, hizo en el aire un extraño signo.

Ignorante del maleficio que provocara con su manera de hablar, el príncipe terminó de recorrer la llanura y llegó a un estrecho camino entre dos altas montañas. Sin embargo, como sabía que iba por la ruta verdadera, siguió adelante, ignorando que era aquél un sitio encantado por el hombrecillo al que contestara tan malamente.





Pronto advirtió que el camino se había estrechado tanto, que había llegado el momento en que no podía seguir ni montado ni a pie.

Entonces, quiso hacer retroceder su caballo, pero éste no pudo moverse de ese lugar tan estrecho, siendo vanos todos los intentos para lograrlo. Al caballo parecían habersele clavado las patas en el suelo. Y ni el propio jinete pudo dejar la silla, pues también quedó como atornillado a ella como una estatua viviente.

Pasaron un par de semanas y, claro, en la corte del rey enfermo empezaron a inquietarse por la ausencia del príncipe. El padre se entristeció, pero no así el segundo hermano que, tan egoísta y ambicioso como el otro, más bien se alegró, ya que si había muerto iba a ser él quien heredaría el trono.

Deseoso de aumentar sus méritos para ello, decidió intentar a su vez lo que era indudable no había podido conseguir el mayor.

—Padre y señor —dijo al rey,— deseo tu permiso para intentar lo que mi hermano no pudo conseguir: traer el líquido mágico que habrá de curarte.

—¡No lo consentiré! —contestó el rey.— Me basta con haber perdido un hijo, para dejar que tú corras su desdichada suerte.

—Es mi deber de hijo —murmuró el otro, hipócritamente

Tanto insistió, y en tal forma, que al fin el soberano accedió.

Partió, pues, el segundo príncipe y no tardó en recorrer la misma llanura habitada por el curioso hombrecillo.

Como a su hermano mayor, en cuanto lo vio, gritó al nuevo jinete:

—¡Buena marcha llevas, viajero!... ¿Puede saberse qué vas a buscar?

—¡Maldito escarabajo! —respondió el príncipe— ¿Cómo osas hacerme esa pregunta? ¡Fuera de mi vista o te azoto con el látigo!

Y en seguida espoleó su caballo, que emprendió un galope muy rápido.

El hombrecillo se puso aún más furioso que la vez anterior y volvió a hacer el mismo misterioso signo en el aire.

Unas horas más tarde, el segundo príncipe se había internado en el angosto desfiladero y, como su hermano mayor, quedó aprisionado en el extraño lugar.

Transcurrieron de nuevo otros quince días. No había regresado ninguno de los dos hermanos y el rey se agravaba de tal manera que los médicos temían verle morir de un momento a otro.

El tercer príncipe acordó intentar por su parte la aventura, siendo su única ambición la de sanar a su padre y socorrer a sus hermanos, que, le parecía, no podían haber muerto. Pero, convencido de que jamás lograría la autorización de su padre, el joven decidió



partir sin ella, confiado en que al volver con el líquido mágico sería perdonado.

Al cruzar la llanura, el príncipe se halló también con el extraño hombrecillo que le estaba esperando.

—¡Buen viaje, joven príncipe! —dijo el hombrecillo—. ¿Adónde vas por estos sitios?

—Voy en busca de la fuente encantada, buen hombre —contestó.— He de sacar de ella un poco de su líquido mágico para que pueda beberlo mi padre y sanar de su grave enfermedad. ¿Sabrías tú por casualidad, cuál es el camino más corto para llegar a esa fuente?

—¡Claro que lo sé! —respondió el hombrecillo.— Y te lo voy a decir porque has contestado amablemente a mi pregunta: toma por la izquierda hasta llegar a otra llanura desierta como ésta. Tras esa llanura encontrarás un bosque y luego un desfiladero, al que te guardarás mucho de entrar. Dirígete hacia la izquierda nuevamente, y sigue en esa dirección durante dos jornadas, que en seguida encontrarás un castillo que está encantado. ¿Has comprendido bien?

—Sí, buen hombre —contestó el joven príncipe.

—Bien —prosiguió el hombrecillo—. En ese castillo está la fuente milagrosa. Advertirás que sus puertas están cerradas. No te importe: tócalas por tres veces con esta varita que te doy y se abrirán en el acto. Entra en seguida en el patio, donde te saldrán al paso un par de leones furiosos: no les temas y tirale estos pasteles que te doy. Lo que sigue es cosa tuya. Y a esto debes prestar mayor atención...

—Te escucho.

—Aprovechando el momento en que los leones coman los pasteles, te acercaras a la fuente y sacarás de ella el líquido mágico que te haga falta, marchándote en seguida. No olvides que al tocar las doce se cierran las puertas del castillo y si te quedas dentro, quedarías encantado, sin que nadie, ni yo mismo, pudiera hacer algo por sacarte de allí.

El buen príncipe agradeció mucho todo esto al hombrecillo y partió en su caballo a toda velocidad.

Dos días después, por la mañana, llegaba ante el castillo encantado. Siguiendo las indicaciones del hombrecillo llegó hasta las puertas del patio y ayudado por la varita dió tres golpes consecutivos.

Al dar el tercer golpe, las puertas se abrieron solas y el príncipe se dirigió al patio, donde se le abalanzaron los dos leones, pero como llevaba en la mano los pasteles, se los arrojó a las fieras, que por comérselos le dejaron pasar sin hacerle daño.

Como faltaba bastante para el mediodía, el joven decidió, ante todo, recorrer el enorme castillo, quedando maravillado ante su es



plendor. Le sorprendió ver que había allí un gran número de personas, pero todas sumidas en el más profundo sueño.

En una de las habitaciones y encima de una preciosa mesa, encontró una espada y un saquito de trigo. Esperando que pudieran servirle, se puso al cinto el arma y guardó la bolsita con el trigo.

Finalmente, al llegar a la última sala del palacio, vió a una hermosa joven, que le dejó deslumbrado, y que también estaba dormida. Contemplaba nuestro joven tan linda princesa, cuando vió que abandonaba el lecho donde estaba y le decía con dulce voz:

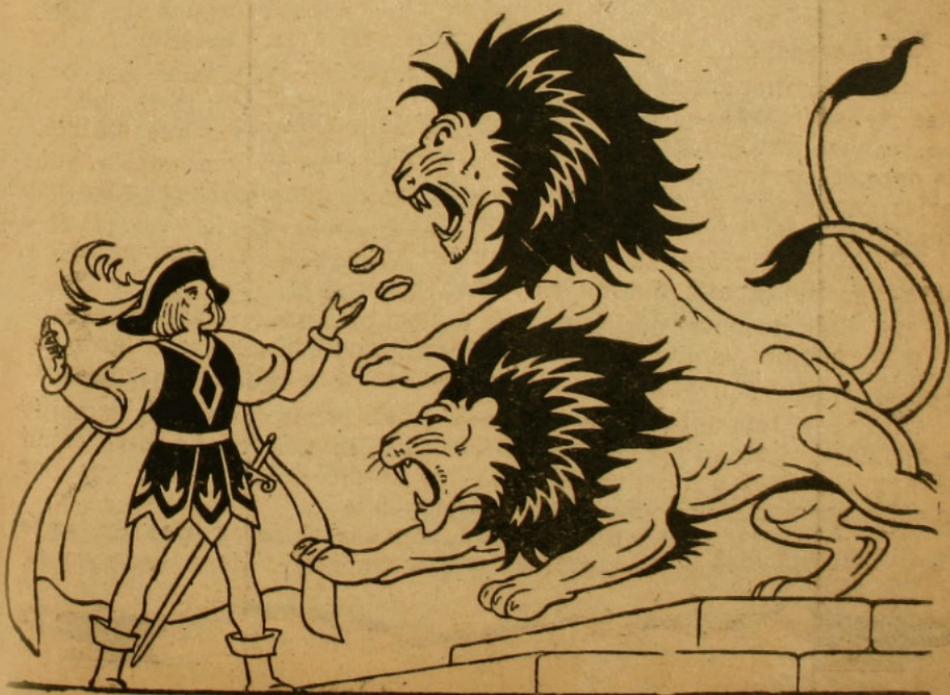
—Has conseguido penetrar hasta aquí, cosa que nadie había podido hacer. Con ello has roto el encantamiento que encadenaba el castillo, a mis vasallos y a mí también. Sin embargo, aún no han desaparecido todos los efectos del encantamiento.

—¿Qué he de hacer para ello? —preguntó el joven príncipe, que se sentía dispuesto a todo.

—Nada... El encantamiento desaparecerá sólo, dentro de un año. Vuelve entonces y si quieres serás mi esposo.

—¡Me sentiré muy feliz de volver y de tomarte por esposa! —dijo el joven. Y ahora dime dónde puedo encontrar la fuente milagrosa.

—Está en el patio, tras una columna —le contestó—. Pero date prisa en coger el líquido que necesitas, ya que están a punto de dar las doce y es necesario que a esa hora te encuentres ya fuera del castillo.



El joven se despidió de la princesa, a la que besó galantemente la mano, y recorrió de nuevo los salones por donde antes había pasado. En una de estas cámaras vió un magnífico lecho. Entonces recordó que sólo había dormitado a caballo y sintió tal deseo de reposar un rato que, sin poderlo evitar, se tendió en aquella cama, y a los pocos minutos se hallaba profundamente dormido y olvidado por completo del peligro que corría si llegaban a sonar las doce.

Pero no había abandonado la espada ni el saco de trigo, y en uno de los movimientos que hizo en su sueño, se le escapó el arma y cayó al suelo estruendosamente, cosa que le despertó sobresaltado.

Al momento saltó del lecho y corrió a la fuente del patio, llenando una calabaza con el líquido mágico.

Como alzara la vista y viera que el sol estaba a punto de llegar al cenit, se apresuró a salir del castillo, haciéndolo en el preciso momento en que empezaba a sonar la primera campanada de las doce.

Al cerrarse de golpe las puertas del castillo encantado, le cogieron un talón y le arrancaron la espuela que en él llevaba.

Con gran alegría emprendió su regreso el joven príncipe, pues llevaba consigo el remedio para curar la grave enfermedad de su padre.

Al llegar a la llanura, halló otra vez al extraño hombrecillo, a quien expresó su más vivo agradecimiento por la ayuda que le había prestado en su arriesgada empresa.

El hombrecillo parecía muy satisfecho, y esta satisfacción aumentó cuando vió que el príncipe llevaba al cinto la espada del castillo, así como el saquito de trigo colgaba de su silla de montar.

—Buena idea has tenido tomando esa espada y la bolsa de trigo —aseguró—. La primera te servirá para luchar contra quien quieras, hasta con un ejército, y el saquito de trigo tiene la virtud de no agotar jamás su provisión, saques el trigo que saques.

El príncipe se mostró muy complacido de ser poseedor de esos dos maravillosos objetos, pero estaba muy preocupado por la suerte de sus hermanos.

—Buen amigo —le preguntó—, ¿has visto pasar por aquí a dos príncipes que son hermanos míos?

—¿Aquéllos, hermanos tuyos? ¡Pues no lo parecen!

—¿Entonces los has visto? ¿Dónde están? —preguntó ansioso el buen príncipe.

—Muy cerca de aquí. Encerrados en un estrecho desfiladero encantado.

—¿Qué dices? ¿Encerrados? ¿Y por quién?

—Por mí, que les castigué por ser tan soberbios. Pagan ahora su insolencia, gracias a mi encantamiento.



—Desencántalos en honor mío, ¿quieres?

El hombrecillo se negó rotundamente, y fué menester que el príncipe suplicara y rogara mucho para que éste diera por terminado el castigo que había impuesto a los orgullosos príncipes.

Luégo que el hombrecillo hizo unos signos en el aire, las montañas se separaron y los caballos de los dos príncipes aprisionados recuperaron sus movimientos. Inmediatamente, los tres hermanos emprendieron el regreso. El menor les contó su maravillosa aventura en el castillo encantado y su decisión de regresar en un año más para casarse con la hermosa y rica princesa.

Ansioso por llevar cuanto antes el líquido mágico a su enfermo padre, el joven príncipe propuso a sus hermanos continuar el viaje por mar, idea que fué aceptada.

El buen príncipe creía que sus hermanos le estaban agradecidos por lo que había hecho por ellos, pero estaba equivocado, pues ambos estaban dominados por la envidia. Así durante la travesía por el mar, una noche, de acuerdo con un infame plan que proyectaron, consiguieron apoderarse de la calabaza con el líquido mágico, y lo cambiaron por agua de mar. También quisieron apoderarse de la espada maravillosa y del saquito de trigo; pero se llevaron un chasco, pues apenas tendieron sus manos hacia ellos, ambos objetos se esfumaron.

A la mañana siguiente, cuando despertó el joven, vió que la espada y la bolsita habían desaparecido, pero no se preocupó gran cosa, porque lo que a él le interesaba era llevar el líquido mágico. Y como tenía la calabaza a su lado no sintió mayor inquietud.

Por último, llegaron a su país, y el pueblo en masa les hizo un gran recibimiento. Y mientras los dos mayores aceptaron los



homenajes, el joven corrió a palacio y al aposento de su padre, entregándole la calabaza con estas palabras:

—¡Toma y bebe, rey y padre mío!

El soberano le miró agradecido. Cogió la calabaza con cierto respeto, como si le pareciera imposible que su contenido sirviera para que recobrase la salud. Por fin bebió un trago y, como es natural, le halló un horrible sabor. Hizo una mueca pero volvió a beber. Desgraciadamente, como era agua de mar, en vez de sentirse mejor se notó mucho peor.

El pobre príncipe no creía lo que veían sus ojos.

En aquel momento, llegaron sus hermanos y al darse cuenta del estado del rey, se pusieron a dar destempladas voces, acusando al menor de haber intentado envenenar a su padre. Luego, para demostrar cuán distintas eran sus intenciones, tendieron a su padre otra calabaza, en la que estaba el verdadero líquido de la fuente milagrosa.

El rey, apenas bebió un sorbo, se sintió completamente bien, de manera que pudo levantarse lleno de fuerzas y salud.

Su primer acto, fué mandar que arrojasen de su presencia al pobre príncipe, tal cruelmente burlado, en tanto que abrazaba a los traidores.

El joven, desterrado y amenazado de muerte por sus hermanos, se marchó en busca del extraño hombrecillo y se quedó viviendo con él en la llanura desierta, en una cueva hecha de rocas.

A todo esto, la princesa del castillo —que estaba ya libre del encantamiento, pues ya había pasado un año— dió orden de que el camino que conducía a su morada fuera pavimentado con piedras preciosas.

Uno de sus viejos consejeros le preguntó por qué hacía aquello.

—Para recibir a un príncipe que llegará muy pronto para convertirse en mi esposo.

—Muchos príncipes tratarán de llegar hasta ti —aseguró el consejero—, pues eres muy buena y hermosa.

—Es posible que lleguen otros pretendientes... Pero el que yo digo pasará por el camino, sin preocuparse de lo que pisa su caballo. Y los otros cabalgarán por los bordes para no estropear tanta riqueza. A éstos haré que los reciban a latigazos... ¡No me interesa ni verles!

Y sucedió como ella lo dijo.

El hermano mayor se presentó en el país en busca de la princesa desencantada por su hermano menor. Pero al ver el camino empedrado con piedras preciosas, pensando que iba a ser suyo, no quiso estropearlo y recorrió bordeándolo, la distancia que lo separaba del castillo, donde fué recibido por una multitud que se echó



encima de él y le dió de latigazos, haciéndolo huír desafortadamente.

Poco después, al segundo hermano le sucedió lo mismo.

Por último, se presentó el joven príncipe. Y tal como lo había pensado la princesa, aquel valiente que la había salvado del encantamiento no se preocupaba de las riquezas, de modo que recorrió el camino a toda velocidad, sin preocuparse de que su caballo destrozaba el rico empedrado.

A él no le recibieron con garrotes ni látigos, sino que le aclamarón con grandes vivas y músicas. En seguida, apareció la princesa, ataviada con sus mejores galas, y luego tuvo lugar la suntuosa boda con el mayor boato que es posible imaginar.

Los recién casados recibían las aclamaciones de la multitud, cuando apareció cubierto de polvo un mensajero real. Venía del reino del padre del joven príncipe y era portador de un mensaje del anciano, en que le hacía saber que había sabido que era inocente y le pedía acudiera a darle un abrazo.

El extraño hombrecillo había hecho este último servicio a su amigo, haciendo saber al monarca, mediante sus mágicos procedimientos, la verdad de la traición de los otros malos príncipes.

Este, acompañado de su bella princesa, se apresuró a acudir al llamamiento paterno y entonces tuvo lugar la reconciliación, que fué tan emocionante que hasta los soldados de palacio lloraban.

¿Y qué fué de los malos príncipes?

—¡Ah, esos se cuidaron de salir huyendo tan de prisa, que cuando su padre, conocedor de toda la verdad y desoyendo los deseos de perdón de su buen hijo, quiso castigarles, habían ido a parar tan lejos que no se pudo dar con ellos.

Como que dicen que aun andan corriendo...

FIN

«COLMILLO»

por Christie



# LAS PANTERAS DE ARGEL

DE EMILIO SALCARI

ILUSTRACIONES DE  
CARO GINEZ

**RESUMEN:** La chalupa de un joven barón, se acerca a la isla donde se alza el castillo de su novia la condesa Ida, que está en peligro de ser atacado por las Panteras de Argel. Entretanto, en el castillo, la hermosa joven escucha al moro prisionero Zuleik, que toca un instrumento. Han visto señales luminosas y, en esos mismos instantes, el vigía del castillo ha gritado: ¡A las armas!

## (CONTINUACION)

La condesa se había levantado precipitadamente, presa de una visible emoción, y se inclinó sobre la balaustrada de la terraza.

—¿Quién puede desembarcar a estas horas?—preguntó— ¡Mirá: he allí la falúa atracada en la playa! ¡Acaso sean tus compatriotas que intenten sorprendernos!

—¡Son cristianos! —murmuró el moro, en tanto que un relámpago de ira brillaba en sus ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Una voz tonante resonó entonces:

—¡Echad el puente al barón de Santelmo!

—¡El! ¡Mi Carlos! —exclamó



la condesa, apoyando las manos sobre el pecho, como si quisiera contener los latidos del corazón.

El moro tomó un aspecto feroz. Un ronco rugido salió de sus labios, a pesar suyo. Cerró los ojos por un momento, y sus manos se agitaron convulsivamente como si buscasen la empuñadura de un arma.

Pero de pronto se serenó, fijándose en el mar. La falúa avanzaba silenciosamente hacia la isla, y a lá sobre el horizonte se veían puntos blancos que iluminaba el resplandor de la luna.

Un relámpago de alegría encendió las pupilas del eslavo.

—¡He allí las panteras! —murmuró— ¡Acechan el castillo, y tienen sed de sangre cristiana!

El puente había sido echado sobre el foso con ronco estrépito de cadenas, y el jefe de la guardia del castillo, seguido por cuatro escuderos provistos de antorchas, salió al encuentro del barón y de sus acompañan-

tes, dándole la bienvenida en nombre de la castellana.

—¿Cómo a esta hora, señor barón? —preguntó el guardián—. Nadie os aguardaba.

—Me trae un mal viento, mi viejo Antonio —respondió el barón—; un viento que sopla de la parte de Argel.

—¿Qué decís, señor barón? —preguntó el veterano, palideciendo.

—Manda levantar el puente y dispón que se carguen las culbrinas. Despierta a toda la servidumbre y, si es posible, haz que llamen a todos los pescadores de la isla que sean capaces de llevar armas.

—Pero, ¿qué pasa?

—Los berberiscos están ya a la vista. ¿Dónde se encuentra la condesa?

—Aguarda al señor barón en la sala azul.

Cuando el barón entró con el yelmo dorado en la diestra y la otra mano apoyada fieramente en el puño de la espada, la condesa no pudo contener una exclamación de alegría.

—¿Vos, Carlos? —exclamó, saliendo a su encuentro—. ¡Qué grata sorpresa! ¡No me engañaba el corazón!

—¿Por qué decís eso, Ida? —preguntó el caballero, besando galantemente la mano de su prometida—. ¿Luego me esperábais?

—No esta noche, precisamente; hace ya muchos días que espiaba la aparición de vuestra galera.

—Por desgracia, no vengo en

compañía de mi barco. Una tempestad le arrancó el timón, y tuve que buscar refugio en el golfo. Si no hubiera ocurrido eso habría llegado antes, y acaso los moros de Argelia no hubieran osado acercarse.

—¡Los moros! —exclamó la condesa.

—Se disponen a caer sobre la isla.

—¿Luego esa falúa que hace tres noches ronda silenciosa como un ave de mal agüero sería...

—La vanguardia de alguna flota.

—¿Quién os lo ha dicho, Carlos?

—Lo he sabido por un pescador.

—Y habéis venido...

—A defenderos o a morir con mi prometida —dijo el barón.

—¿Es decir que se preparan a asaltar el castillo?

—Eso presumo; pero nada temáis, Ida; traigo en mi compañía unas cuantos hombres, pocos en número, ciertamente; pero son los más bravos de mi tripulación, y darán mucho que hacer a los moros.

—Bajo vuestro mando...

—Soy hombre de guerra y caballero de Malta; las empresas bélicas son cosas naturales para mí.

—Venceremos, Carlos; vuestra espada victoriosa volverá a poner en fuga a las panteras de Argel.

—¿Cuántos hombres hay en el castillo?

—Una veintena, entre los cua-



les hay doce hombres de armas.

—¿De manera que con los míos llegamos a treinta y cuatro? —dijo el barón—. Poca cosa es para hacer frente a los berberiscos, que son muchos en número y que cuentan con buena artillería.

—Señor —dijo en aquel momento el moro avanzando—, ¿me permitís un consejo?

—¡Ah! ¿Eres tú, Zuleik? —exclamó el barón—. Ni siquiera había advertido tu presencia. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Que en la isla hay más de doscientos pescadores, hombres robustos todos ellos que han batallado más o menos, y que podrían reforzar la guarnición del castillo.

El barón le miró con estupor.

—Y eres tú quien propone eso? ¿Tú un moro, que debiera ver con júbilo la llegada de sus compatriotas para obtener la libertad?

—Ahora no la deseo —respondió Zuleik.

—Y, sin embargo, ha de po-

cos momentos te lamentabas de tu cautiverio —dijo la condesa.

—Quisiera la libertad; pero no solo.

—¡Ah! ¿La desearías en compañía de la mujer a quien amas?

El moro hizo un gesto afirmativo, y después continuó:

—Si el señor barón de Santelmo quisiera seguirme a la aldea, podríamos reunir en menos de media hora doscientos combatientes, y acaso más.

—Veamos antes si los corsarios han desembarcado —dijo el caballero.

Y los tres salieron a la terraza del castillo. Sobre los muros inferiores, los marineros de la galera y los hombres de armas se ocupaban en poner en batería dos largas culebrinas.



El barón recorrió con rápida mirada la superficie del mar, y vió a la falúa bordear hacia la extremidad meridional de la isla, a unos trescientos metros de la costa. De pronto palideció; acababa de descubrir en lontananza muchas velas que avanzaban desde el sur y que se dirigían hacia la isla.

—¡Las galeras de los berberiscos! —exclamó.

—¿Vienen ya? —preguntó la condesa, acercándose instintivamente hacia el barón.

—¡Vedlas, Ida!

—¿Son muchas, Carlos?

—No puedo contarlas, porque navegan juntas y porque todavía están demasiado lejos. Pero, indudablemente, son muchas.

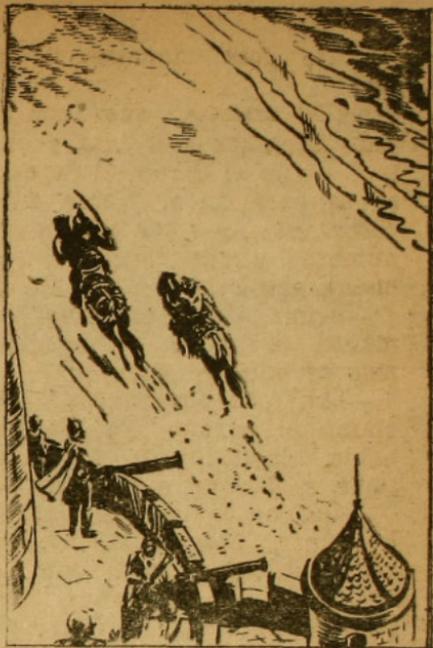
La joven miró al caballero; en sus ojos negros se leía un terror inmenso, una angustia inexplicable.

—¡Si nos aprisionasen! —dijo con voz temblorosa— ¡Oh, Carlos mío!

—Las murallas y los bastiones del castillo son robustos— respondió el barón—. Como hemos vencido otras veces a esos ladrones de los mares, los venceremos ahora.

—Pero entonces luchaban los caballeros de Malta.

—El valor suplirá al número. Además, mi galera no está lejana, y mis gentes al oír el estruendo de la artillería, vendrán en nuestro auxilio, porque debe estar recompuerto ya el timón. Zuleik, vamos a buscar a los pescadores y a advertir a sus familias que se embarquen sin perder momento. Todavía llegaremos a tiempo de salvarlos.



—¿Y si la gente de la falúa hubiese desembarcado ya? —preguntó la condesa.

—No bajarán a tierra antes de que lleguen las galeras dijo Zuleik, mientras una pérfida sonrisa se dibujaba en sus labios—. Estoy a vuestras órdenes, señor barón.

—Pues vamos, Zuleik. Antes de que las galeras lleguen transcurrirá una hora, y ese tiempo nos bastará.

Dos minutos después, el joven barón y el moro, montados en fogosos corceles, atravesaban el puente levadizo y se alejaban del castillo, siguiendo la playa de la isla.

Desde lo alto de la terraza, la condesa los había seguido con los ojos...

(Continuará)



DEJALO PASAR,  
QUE ASI LO  
QUIERE EL  
"GRANFANTASMON"

ACERCAOS

SE BIENVENIDO GRAN  
MAPUCHIN. ERES MI  
HUESPED : ACERCATE  
Y SIENTATE...

BAH, UNA  
SABANA  
QUE HABLA!

LE PA

¿QUE LE SUCEDIO A  
MAPUCHIN AL CAER  
EN ESA MISTERIOSA  
TRAMPA?

¿QUE PRETENDE EL  
"GRANFANTASMON" HACER  
CON NUESTRO INDIECITO?

CONTINUARA  
PLAF

# El Super - Cóndor



Por CLEMENTE ANDRADE — Ilustraciones de CARO GIMENEZ

**RESUMEN:** Danilo, pastor del Valle Tranquilo, cuenta cómo persiguiendo a un cóndor, en lo alto de la montaña, fué abatido por éste y librado de una muerte segura por un fantástico personaje alado, quien le dijo ser el SUPER-CONDOR. Luego, haciéndole adormecerse bajo su potente mirada, lo tomó en brazos y voló con él hacia su extraño Reino de Piedra.

—¿Qué más? ¡Cuenta, cuenta, Danilo! —gritaron en coro los pastores que escuchaban al joven, y éste prosiguió:

—Cuando recobré el conocimiento, mejor dicho, cuando desperté, otro hombre, revestido de plumas de color de acero, estaba curando mis heridas. Era viejo, con barba puntiaguda. Pero éste no tenía alas.

Estábamos en una habitación toda de piedra. En los muros se notaban vetas de oro, plata

y otros ricos minerales. Debe ser un reino encajado en la parte desconocida e inaccesible de la cordillera, donde los minerales abundan, sin haber sido tocados por el hombre.

—¡Minerales! ¡Oro! ¡Plata! —exclamaron los sorprendidos e interesados habitantes del Valle Tranquilo.

Pero Danilo los miró severamente, advirtiéndoles:

—¡No despierten la codicia en ustedes, porque el Super Cóndor

dor los castigaría destruyéndolos en un segundo.

—¿Es que quieres volver tú solo, o eres un loco mentiroso? —gritó uno de los pastores.

—Créame loco o mentiroso, como ustedes quieran... —fué la respuesta tranquila de Danilo.

Mas tarde, cuando los increídulos hombres del grupo se retiraron, algunos sonrientes y otros cabizbajos y silenciosos. el joven volvió a cuidar su ganado. Pero no demoró en acercarse a él su primo Pedro, individuo avaro y codicioso. Con los ojos fulgurantes y los labios temblorosos, a la vez que le sujetaba por los brazos, dijo:

—Dime Danilo, ¿es verdad que en el Reino de Piedra todos los muros son de oro, plata y otros metales?

—Es la pura verdad, Pedro.

—¿Y es cierto que el Super-Cóndor te adormeció con su potente mirada, para que no aprendieras el camino de su Reino?

—¡Es claro! Así lo hizo. Me miró profundamente... y yo no supe más de mí.

—Pero —inquirió ávidamente Pedro—, ¿no tienes siquiera idea de la dirección de que vino cuando lo viste por primera vez?

—Lo ví muy alto, sobre mi cabeza... Verdaderamente no sé de qué dirección vino. Además, yo estaba herido por el cóndor.

Un relámpago de ira estalló en los ojos de Pedro, y sin cuidarse de disimular su rabia, ex-

presó con tono agrío:

—Lo que hay en todo esto, es que tú no quieres revelarle a nadie donde queda la morada del Super-Cóndor, pues deseas apoderarte del oro tú solo.

Danilo, sin poder contener una sonora y fresca carcajada, respondió:

—¡Qué ingenuo eres, mi buen primo! ¿Crees que tú, un pobre mortal, serías capaz de ir a arrebatarle sus riquezas a ese ser sobrenatural? ¡No me hagas reír!

—¿Acaso no tengo yo esta magnífica carabina cargada siempre con todas sus balas?

—¡Loco! ¡Loco! El Super-Cóndor te fulminaría como un rayo.

—Ya lo veremos, Danilo.

En ese instante se dejó oír en el espacio el ruido del vuelo del Super-Cóndor y, en un instante, ante los espantados ojos de Pedro, descendió junto a los dos hombres, diciendo con una sonrisa:

—Aquí me tienes, Pedro. Dices que es magnífica tu carabina. Efectivamente así la veo. ¿Tienes buena puntería?

Pedro, pálido y tembloroso, con los ojos muy abiertos y fijos en el Super-Cóndor, no pudo pronunciar palabra.

—Digo que si tienes buena puntería —repitió el hombre alado—. Contéstame, Pedro. ¿Estás asustado? ¿Por qué? Mira a tu amigo Danilo y fijate que él no lo está. Contéstame: ¿Tienes buena puntería?



—Creo... Creo que sí —dijo por fin, el interrogado, con voz entrecortada.

—Entonces dispárame —fué la respuesta del Super-Cóndor, en cuyos labios se dibujaba una irónica sonrisa.

Danilo, lleno de temor, se interpuso entre su primo y el Super-Cóndor, como queriendo evitar que Pedro le disparase, sujetando el arma del pastor.

El Super-Cóndor insistió en que Pedro vaciara todos los tiros de su carabina sobre él, mientras levantaba el vuelo, asegurando que se llevarían una sorpresa. El codicioso pastor, que se había recobrado y que comenzaba a ser presa de furiosos deseos de matar a ese extraño personaje, para buscar luego su Reino de Piedra y apoderarse de sus tesoros, aceptó el trato. El Super-Cóndor levantó el vuelo y Pedro, haciendo cuidadosamente la puntería, hizo fuego hasta agotar sus balas. Pero estas chocaban contra el cuerpo del amo del Reino de Piedra, sin hacerle el menor daño. Pedro, aterrorizado nuevamente, quiso huir, pero sus piernas estaban paralizadas. Entonces el Super-Cóndor descendió otra vez junto a los dos jóvenes pastores.

—Pedro —dijo, calmadamente—, ya has visto que las balas no pueden penetrar en mi cuerpo. Obedéceme y no lo pasarás mal. ¿Es verdad que amas profundamente el oro, la plata y demás metales preciosos?

—¡Sí! ¿Quién es el hombre que no los ama? ¡Yo deseo ser rico, muy rico y poderoso! —exclamó el codicioso Pedro.

—Pues, bien —sonrió el hombre cóndor—. Tendrás muchas riquezas. Irás conmigo a mi morada. Danilo también vendrá con nosotros. Los llevaré entre mis brazos, como a dos chicos regalones. Allá verán mis tesoros y los ultramodernos inventos de mis sabios.

En seguida, mirándolos profundamente, los hizo caer en el sopor de un forzado sueño.

Cuando los pastores volvieron en sí, el Super-Cóndor estaba oprimiendo un timbre en un alto muro rócoso y, ¡oh, gran sorpresa!, sus alas habían desaparecido. Luego vieron cómo el alto muro se abría lentamente, dándoles paso.

—Entren, que este es mi laboratorio —dijo el Super-Cóndor.

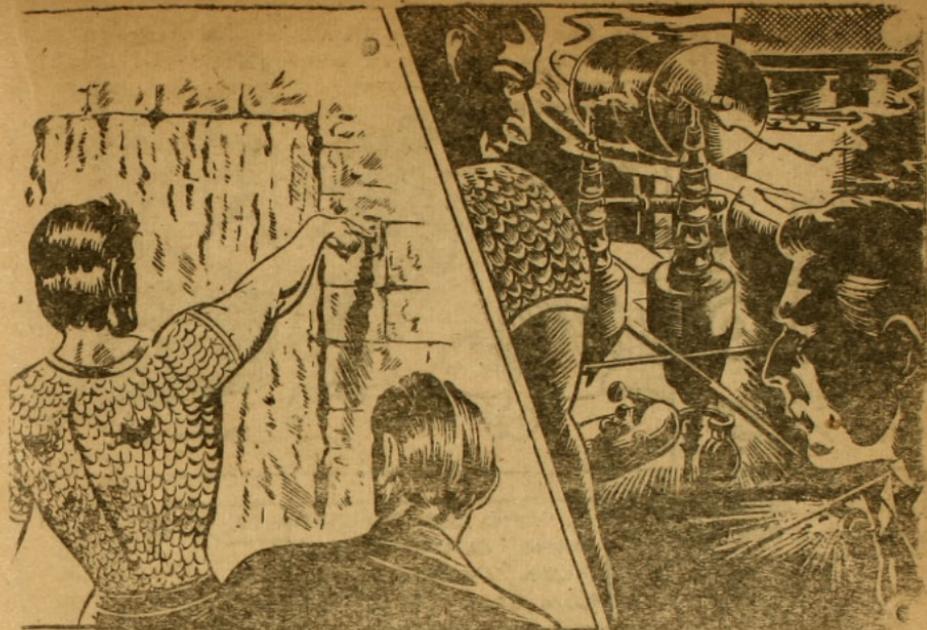
Una vez en su interior, que era todo de cristal de roca, mientras el amo del Reino de Piedra les mostraba magníficas y extrañas maquinarias, Pedro cayó desmayado.

Inmediatamente el Super-Cóndor llamó a uno de sus ayudantes y ordenó:

—Lleven a este hombre a una sala de reposo y que lo atienda el doctor Gabalk. Es un amigo mío y deberá ser cuidado con todo esmero.

Cuando Pedro fué llevado en un carro-camilla, Danilo, emocionado, dijo al amo del Reino de Piedra:





—Tiene usted muy buen corazón. Perdone a Pedro por su espíritu ambicioso, pues en el fondo es un hombre muy bueno.

—Así lo creo, Danilo. Tu compañero tendrá aquí el oro que quiera.

—Gracias, Super-Cóndor.

En seguida Danilo vaciló un instante e hizo esta pregunta:

—¿Qué hizo usted sus alas?

—Mediante mi pensamiento las reduzco a mi entera voluntad. Igualmente las hago crecer cuando las necesito. A menudo, salgo de mi Reino de Piedra y voy a mezclarme con los hombres que viven en los valles. Entonces uso las mismas ropas que ellos y todos me creen un individuo común.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Toda las que quieras —res-

pondió el Super-Cóndor, con gran amabilidad. Danilo se sintió muy confortado por la confianza que le daba ese poderoso ser, y preguntó con decisión:

—¿Cómo se dió cuenta usted, cuando me conoció en la montaña, de que yo estaba siendo atacado por un cóndor?

—Te vi en ese aparato que está frente a tí, que he bautizado con el nombre de "Ojo eléctrico". Ya te daré más informaciones sobre él más adelante. Ahora quiero que hablemos de algo más importante, de modo que te ruego mucha atención, porque yo te necesito. Danilo.

Danilo se sintió profundamente admirado al oír aquellas palabras...

(CONTINUARA)

# PILUCNO

## El Tóbre. Pollo

Por *Chiste*  
19

NI POR UN MILLÓN PELEO  
CON ESE CAMION"

¡COBARDE!  
¿NO ACEPTASTE  
SER MI SOCIO?



\$ 5.00

AL QUE VENZA  
A  
GALLITO PUM

PELEARÁS QUIERAS QUE  
NO QUIERAS PUES...



... COMO SOY TU MANAGER  
FIRME EL CONTRATO  
PARA TU PELEA  
CON GALLITO  
PUM

HIP



DE SOLO PENSAR SE DESMAYA  
ESTE PUSILANIME - ¿QUE SERÁ  
EN EL RING FRENTE AL OTRO?



AL GUSANO "CHIRIPA" NO SE  
LE VA UNA - ¡DESMORALIZARE  
AL CAMPEÓN!







# Los Huérfanos del Circo

por Mencho

**RESUMEN:** Esta es la historia de los niños Tony y Luna, que fueron secuestrados cuando eran muy pequeños por los desalmados Rivanti y Fane'a, su mujer, quienes los vendieron al empresario de circo Pascual, que espera cobrar un rescate por los niños. Mientras tanto, los tiene trabajando como artistas en su carpa circense, bajo sus duras amenazas.

Al ver entrar en la carpa-habitación, amenazante como de costumbre, al empresario, que esta vez quería emprenderlas contra Luna, por haber ofrecido parte de su comida a Tony, a quien Pascual no quería ver gordo, pues no podría hacer las difíciles pruebas que ideaba para él, el niño se enfrentó valientemente con el corpulento cobardote:

—¡Es usted un mal hombre al querer castigar a Luna!

—Si no te callas, te zurraré a ti también —respondió el empresario, agitando en el aire su látigo.

—Espero que algún día seré grande.

—¿Me amenazas, mequetrefe? Cuando tú seas grande ya habrá pasado mucha agua bajo los puentes.

—¡Quizá no espere a ser grande! —dijo Tony.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —rió el empresario, haciendo una mueca medio grave y medio cómica, agregando: —Ahora sí que me diviertes, chiquillo. ¡Con razón te llaman Tony! ¡Eres el mejor tony del mundo! ¿Sabes que te ensayaré como payaso? Mi mejor tony, el infeliz "Cucaracha", ya está muy viejo y no me servirá ni para obsequiarlo como almuerzo al león Menelik. ¿Sabes que se me ha ocurrido una idea luminosa? Pondré a ese viejo apolillado en medio del camino, ¡y que la noche con su hielo se lo lleve!

Luna, reprimiendo un sollozo, suplicó por "Cucaracha", y arrodillándose ante Pascual, expresó:

—El buen "Cucaracha" está enfermo y por eso no puede

hacer reír a la gente como antes. Pero cuando se mejore, que será muy pronto, volverá a ser el más gracioso del circo.

—¿También tú, Luna, te interesas por hacer la caridad? —repuso el empresario—. ¿No sabes que “Cucaracha” no es más que un montón de huesos pegados al pellejo? ¡Ah!, viejo sapo embustero; cuando lo contraté hace veinte años, me dijo que jamás se enfermaba y que era fuerte como un toro.

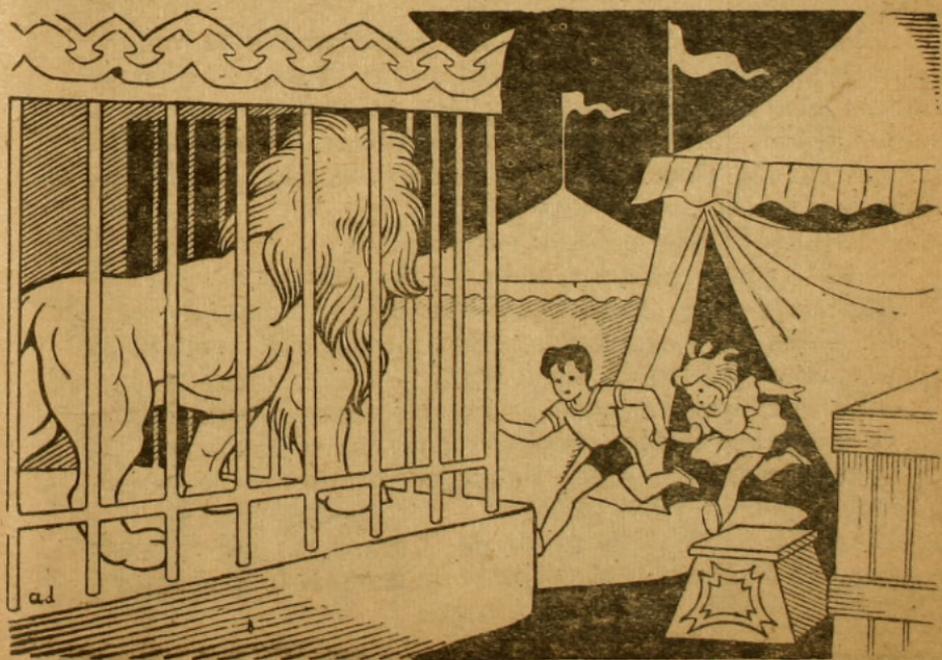
—Es que eso se lo dijo hace veinte años —interrumpió Tony—. Todavía no había tenido que ir con el circo para allá y acá, ni dormir empapado en el invierno, cuando la carpa se casa de agua.

—¿Y cómo a mí jamás me ha dañado viajar de un lado para otro ni el frío ni la lluvia? ¿O es que ese viejaño es de alfeñique?

—Usted duerme en el carro grande, que es como una comfortable casa.

—¡Hum!, Tony... Pero debes tomar en cuenta que a veces se me queda la ventanilla abierta y se cuele el viento...

—respondió algo confundido el empresario, ante los razonamientos del niño. En seguida, estallando de rabia, sin poder



contener su mal humor, gritó a los huérfanos del circo:

—¡Qué tengo yo que darles explicaciones a ustedes, chacalillos! ¡Y en castigo por haber estado planeando la forma de burlar mis órdenes de que Tony no coma por las noches, tú también, Luna, te quedarás hoy sin comida! ¡A ver si así vas a poder convidarle con la mitad!

Finalizando sus palabras con una risotada que pareció estrellarse y rebotar contra todos los costados de la pequeña carpa, salió de allí Pascual, dejando silenciosos a los dos niños. Pero Tony y Luna no se echaban a morir por nada y la hermosa y buena niña rompió aquel pesado silencio:

—Estoy feliz de no comer esta noche, Tony. Si a ti no te dan de comer yo prefiero no hacerlo tampoco. En cambio, haremos lo de otras veces: ¡Apretarnos el cinturón!

—¡Lunita, que venga el primer plato! —dijo riendo el muchachito, corriendo el cierre de su cinturón hasta donde le fué posible.

Luna rió también, pero poniéndose seria y reflejando en sus ojos azules una infinita piedad, invitó a Tony a ir a ver a su buen amigo "Cucaracha", para consolarlo y darle su medicina.

Salieron corriendo los dos niños y entraron a la vieja y destartalada carpa del enfermo. El pobre payaso iluminó su cara con una débil sonrisa, pero llena de inefable ternura y agradecimiento. Sus ojos sintieron la tibieza de sus propias lágrimas cuando Tony y Luna le besaron las mejillas. Luego, a dúo, le dijeron:

—Es hora de que tomes tu medicina.

—¡Oh!, por nada del mundo... ¡Es tan mala!

—¿Mala? —dijo Luna, fingiendo una extraña interrogación—. Estás muy equivocado, "Cucaracha". Ya verás cómo yo me tomo una cucharada sin chistar.

—Es terriblemente mala, hijita. Me recuerda cuando una vez, en mis innumerables viajes por mar, me ví obligado a beber agua salada, para saber lo que era sentirse como pez en el agua... ¡Puah! ¡Qué mala!

Los niños rieron de la salida de "Cucaracha" que, a pesar de estar enfermo, no perdía el buen humor. Esto fué aprove-



chade por Luna para hacer un gesto a Tony, y mientras éste saltó sobre la cama y apretó las narices al enfermo, Luna le hizo engullir una cucharada de la medicina.

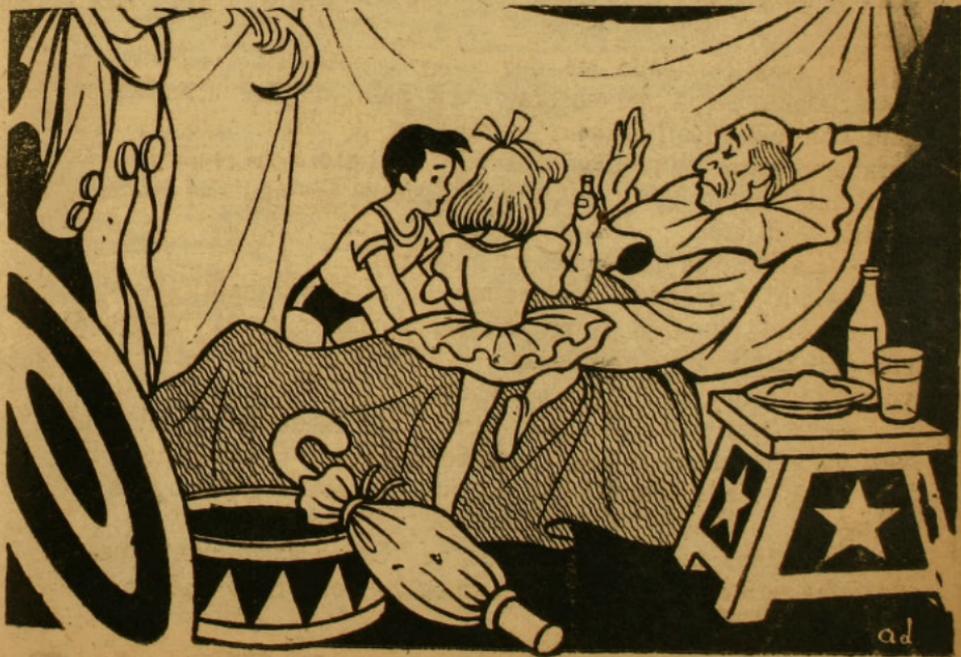
—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!... que horrible veneno... —quejóse “Cucaracha”, haciendo muecas de desagrado, aunque en sus pupilas brillaba la satisfacción de contar con esos dos pequeños y grandes amiguitos.

—Con eso que llamas veneno te mejorarás —expresó alegremente Luna, agregando un beso a sus palabras—. Yo te aseguro, “Cucaracha”, que muy pronto volverás a ser el amo de la pista y todo el mundo volverá a reír a gritos con tus chistes y piruetas, con tus inimitables saltos mortales.

—Parece que daré un salto mortal... , pero definitivo —contestó con una sonrisa triste el enfermo. En ese mismo instante se fijó en Tony, sorprendiéndolo con la mirada fija en un plato de comida que había sobre la mesa. “Cucaracha” comprendió al instante la situación.

—Estás mirando mi plato de comida, querido Tony. ¡Ah, ya lo sé! ¡Ese miserable los dejó sin comer esta noche! ¡Cómanselo! ¡Es de ustedes, hijos míos!

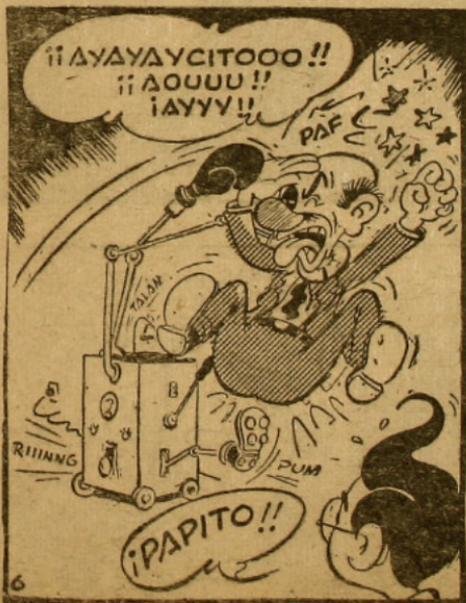
(CONTINUARA)



# MACUQUITO,



# INVENTOR por LUGOZE



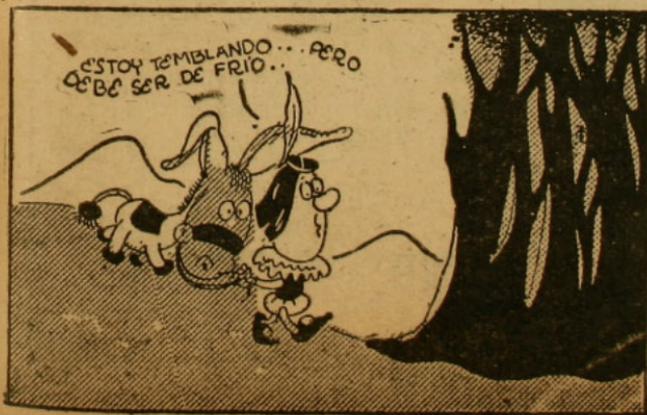
# El tesoro del FANTASMA

Por TONY



# El TESORO del FANTASMA

Por TONY



# MATEITO

por Melitón

HOY TENEMOS CLASE DE GEOGRAFÍA...  
TENDRÉ QUE REPASAR LA LECCIÓN.



NOS FALTA UNO PARA EL EQUIPO DE FUTBOL...  
¿QUIERES JUGAR MATEITO?

¡NO MOLESTES!  
ESTOY ESTUDIANDO..



LA TIERRA ES REDONDA COMO...  
OOOOUUHHH!!..



¡ESO ES!.. REDONDA  
COMO UNA PELOTA  
DE FUTBOL..



MELITÓN

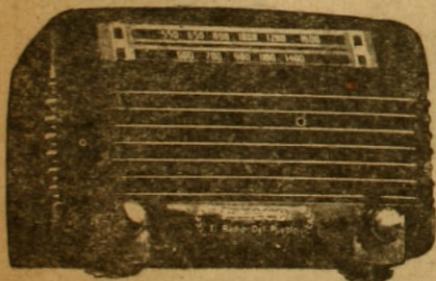
# Concurso de Navidad

\$ 50.000.- EN PREMIOS  
INADA DE CUPONES!

ALADINO, de su lámpara maravillosa sacará hermosos y valiosos regalos para sus amiguitos en la próxima Navidad. Para esto ha organizado un grandioso concurso, en el que tomarán parte todos los lectores de esta revista, sin tener que hacer otra cosa que guardar los ejemplares de ella, coleccionándolos, a fin de conservar el número que lleva cada ALADINO.

Coincidiendo con el sorteo de Navidad de la Lotería de Concepción, ALADINO finalizará es-

fras del "gordo", tendrán derecho a los premios consistentes en UNA BICICLETA y UN RECEPTOR DE RADIO. Fuera de los premios mayores habrá miles de



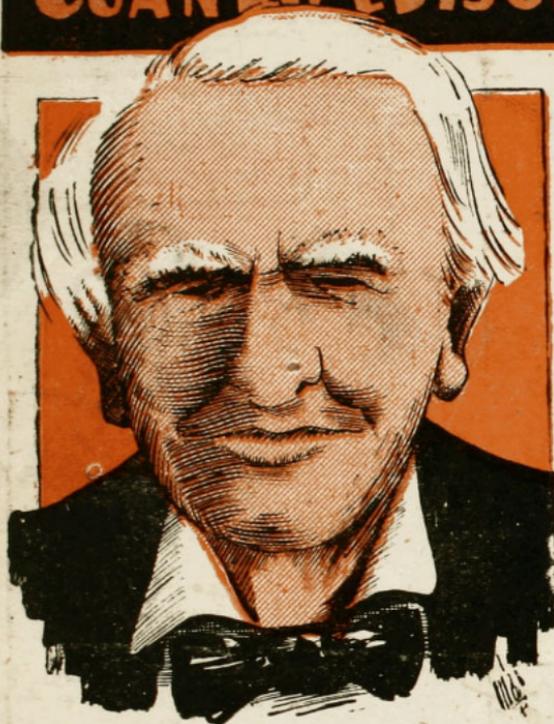
premios en juguetes, libros de aventuras y cuentos, suscripciones a la revista, plumas, fuentes, etc., para quienes posean "ALADINOS", cuyas terminaciones de 2, 3 y 4 cifras también coincidan con el "gordo".

te gran concurso, siendo premiados los lectores que sean poseedores de ejemplares, debidamente coleccionados, cuyos números tengan las mismas cifras finales del premio mayor de la lotería.

Los ejemplares de ALADINO, que tengan las CINCO últimas ci-

NO 45747

# CUANDO EDISON ERA NIÑO



OMAS A. Edison, inventor de maravillas como la ampolleta eléctrica, el fonógrafo,

el cinematógrafo, el sistema telegráfico que permite que varios mensajes circulen al mismo tiempo por un solo alambre, etc., y que perfeccionó muchos otros inventos, nació en los EE. UU. de A., en Milán, pueblo del estado de Ohio, el año 1847.

Desde muy niño se ganó la vida vendiendo periódicos en un ferrocarril. Todo marchaba perfectamente, hasta que, cierto día, una gran sacu-

cida del tren volcó algunos de los recipientes que contenían sus sustancias químicas para experimentos, que incendiaron el furgón. Esto hizo que el conductor lo echara en la estación más próxima.

Sin embargo, no tardó en ser admitido otra vez en el ferrocarril, donde tuvo nuevamente otra aventura, al salvar la vida a un pequeñuelo que estaba a punto de ser arrollado por un tren. El padre del chico, muy agradecido, enseñó a Edison la telegrafía, que éste perfeccionó, comenzando así su carrera de notable inventor.

